

## “CONVERSACIÓN CON NONA FERNÁNDEZ: PONERSE EN LA PIEL DEL OTRO”<sup>1</sup>

**PAULINA SEPÚLVEDA**

Universidad Andrés Bello  
Santiago de Chile  
Chile

**Paulina Sepúlveda:-** ¿Cómo empiezas a escribir? ¿Qué te motivó a ser escritora?

**Nona Fernández:-** Varias veces me lo han preguntado y siempre respondo cosas distintas. Yo creo que tiene que ver con esas primeras lecturas que uno tiene cuando chico, con la sensación de que esas lecturas —yo soy hija única— te acompañan, entras en mundos, conoces personajes y vives aventuras, por decirlo así, más allá de tu propia piel. Esa sensación es

---

<sup>1</sup> La entrevista que se transcribe a continuación fue realizada el día viernes 4 de abril de 2014.

la misma que siento ahora cuando leo un buen libro. Recuerdo libros iluminatorios de mi infancia o adolescencia, *Las crónicas marcianas*, los textos de Charles Dickens... me transportaban, y esa experiencia en algún minuto quise vivirla desde el otro lugar, el de la escritura, que es un ejercicio que uno diría que es súper distinto aunque similar en el sentido de que empiezas a habitar otra piel, a ser otro que nunca está tan lejos de ti y juega a ese juego, que tiene que ver con la actuación también.

**PS:-** ¿Cómo combinas tu trabajo de escritora con ser guionista de teleseries y actriz?

**NF:-** Yo creo que se mezclan en la medida en que yo soy el ente que juega estos tres juegos. Antes tenía las parcelas súper divididas, sobre todo la de ser guionista, básicamente porque siempre me he involucrado en proyectos que no eran de mi autoridad. Con el tiempo, he ido aprendiendo a transitar este tránsito de jugar el juego de otro o el rol de otro y también he ido generado mis proyectos en el ámbito del guión. Creo que se conjugan en ese ámbito de la interpretación. ¿No? Yo creo que el actor tiene ese don de poder prestar el cuerpo y no solamente el cuerpo: la caligrafía, la emocionalidad y la memoria a un rol que ya está escrito, ya sea de un Shakespeare o de un compañero que es tu dramaturgo de turno. Y yo creo que en ese ejercicio puedo transitar muy bien en todas las áreas, y cada vez, para mí, es un ejercicio menos distinto, son teclas cada vez menos distintas, en la medida en que he empezado a escribir guiones que tienen que ver también con las preocupaciones que abordo en textos míos, como en una novela o un cuento, también, en la medida en que empecé a escribir mis propios textos dramáticos, entonces como que empieza a ser todo parte de un mismo universo pero en distintos géneros que, a la vez, no me parecen tan distintos, por lo menos desde como yo escribo. No sé como escribirán otros escritores, pero cuando yo escribo, lo que hago es ponerme en la piel, no solamente de un personaje o un eje, sino que desde todos los personajes y vivenciar ese espacio, sensorialmente y emotivamente. Mi escritura tiene algo de la puesta en escena, de inventar,

de poner en escena, no solamente un pensamiento sino que también un lugar, una atmósfera y ojalá que el lector también lo vea.

**PS:-** ¿En qué medida influyó o influye el haber participado en el taller de Antonio Skármeta?

**NF:-** Yo no diría que el Antonio como autor haya influenciado en mí, si bien hay cosas que él escribía, sobre todo en su primera época de escritor, que eran súper vitalistas y bonitas: los cuentos del exilio. Pero yo creo que la gran influencia que ese taller tuvo en mí, más allá del Antonio (que fue un magnífico tallerista), fue el grupo de compañeros y el taller en sí, porque era primera vez que yo tomaba un taller literario, creo que no tenía mucha noción de que existían ni de qué podía tratarse un taller literario, pero fue como una instancia para entender que la escritura era una posibilidad real, más allá de la fantasía de que escribía. Guardaba mis escritos en el velador, se lo mostraba, no sé, a mi pololo o a alguien, pero que no era algo serio en el fondo, básicamente porque no sabía cómo eso se podía encauzar, no sabía cómo podía ser escritora, porque yo pensaba: puedo escribir, pero no pensaba hacer de eso una carrera de vida, ¿no? Y cuando entré al taller, me di cuenta de que había gente que se lo tomaba en serio, muy en serio, compañeros de mi edad digamos, Alejandra Costamagna, Luis López Aliaga, Alejandro Cabrera, Marcelo Leonart, mi generación, que se fundó ahí, Andrea Jerftanovic, gente que sigue escribiendo hasta el día de hoy y ellos eran súper serios, ellos eran escritores. Yo estaba estudiando teatro, saliendo de teatro, y escribía cosas pero muy para mí, de hecho yo en ese momento ya estaba pololeando con el Marcelo, mi pareja, y el Marcelo era escritor y bueno, yo le pasaba mis escritos a él, y él a mí, pero él se lo tomaba mucho más en serio, no se con qué perspectiva en este minuto, pero cuando yo vi que había un taller incluso le dije al Marcelo que participara y él me dijo que yo también podía, y era un taller en ese momento inédito porque no había que pagarlo y además postuló mucha gente. Era un taller muy popular en ese momento, se postulaba mandando un texto y luego una entrevista que te hacía el Antonio. Llegaron unos

ochenta trabajos y quedamos quince personas, entonces igual sentí que lo que tenía era estimado, fue súper importante en ese sentido, y también la dinámica de ver que había otros compañeros que se lo tomaban súper en serio, cada uno desde sus lugares que eran súper distintos, con escrituras diversas pero pensando que la escritura era una posibilidad, siempre y cuando tú te lo tomaras a la altura, y ese fue el gran aprendizaje con Antonio, de sí... tu puedes ser escritora, es una cosa que tú quieras, y claro, el camino no es fácil pero tampoco es tan difícil, y de ahí en adelante yo dije ... No, yo quiero ser escritora, yo quiero escribir, yo quería actuar también, pero me parecía que no eran dos cosas que fuesen totalmente distintas, una no iba en contra de la otra. Lo dije, ok... yo escribo. Me legitimé a mí misma. O sea, nadie me legitimo porque el Antonio me tomó como una escritora más, y esa era la dinámica en el curso, nunca lo puso en duda y nadie lo puso en duda. Estábamos ahí, porque escribíamos, pero yo no lo tenía muy claro. Salí de ahí con la misma sensación que tengo ahora, de que yo escribo, yo soy una escritora y eso me define vitalmente.

**PS:-** ¿Te sientes parte de una generación?

**NF:-** En términos literarios me cuesta sentirme parte de una generación, esa es la verdad. Yo creo más bien en las complicidades, que a veces son extra generacionales, creo en las trincheras literarias que de pronto son extra epocales. De pronto puedo tener mayor complicidad con gente que está fuera de mi generación o con gente que está escribiendo ahora. Como soy más transversal me pasa que de repente siento más complicidad con los dramaturgos que con los escritores, a nivel temático básicamente, no ya en términos de cariño porque como te decía, nos fundamos muchos en un mismo lugar, entonces si bien tenemos escrituras súper distintas, nos hemos visto crecer como artistas. Entonces, lo que tengo es esa certeza a nivel literario, independiente de que haya escritores con los que me siento más cómplice, que tienen la misma edad y que podríamos pertenecer a una generación. Y ya más extraliterario, como pensando en una generación ya más de época, con la que me tocó vivir, siento un poco de esa

generación media híbrida que hace el traspaso de una adolescencia en dictadura y después de una especie de adolescencia madura haciendo el traspaso a la democracia en donde quedaste como en una especie de lugar raro, donde las preguntas exactamente no se resolvían, donde no entendíamos bien lo que había ocurrido, pero teníamos consciencia de lo que había ocurrido. La formalidad incluso de las palabras, que no las terminas de entender: qué mierda es degollados, qué le hicieron a esa gente, que no entiendo, que explíquenmelo, claro, como esa sensación, puede ser la metáfora de una época completa: a ver explíquenme, no entiendo esta cuestión que viví, digamos, qué son esas gentes. No sé, yo me acuerdo de haber escuchado la matanza de corpus Cristi, ya... qué paso, no... lo que pasa es que la gente del MIR, ya... quiénes son la gente del MIR, no... es que aquí murió tal gente, entonces tenías una debacle de asesinatos y de cosas que pasaban día a día, y efectivamente no tan escondidas porque ocurrían y la prensa las registraba digamos, pero no entender el puzzle, o sea, no entender lo que ocurría, no entender lo que se vivía en términos más grandes, seguramente en lo domestico sí pero no el gran relato. Yo por lo menos lo entendía a trazos. Y después, el tránsito a la democracia o la democracia en sí, sobre todo los primeros años es un tiempo de silencio absoluto, pactado y silenciado, donde no había voluntad de hablar, no estaba el ejercicio de hablar, estaba en la medida de lo posible... que era la gran frase de la época, justicia en la medida de lo posible. Entonces, claro, te quedas con esa inquietud súper grande, y de pronto te das cuenta de que nadie te va hacer el relato, que tienes que investigarlo, tienes que darte cuenta, que tienes que buscarlo, hasta esto de los cuarenta años en los que se instaura la posibilidad oficial de: señoras y señores vamos a recordar y aquí tenemos toda la información. Hay gente que está recién cayendo en cuenta, y también creo pertenecer a esa generación que de alguna manera tuvimos cierta lucidez e hicimos el berrinche de tratar de entenderlo antes, pero también quisimos respetar la democracia y no hinchar ni exigir más de la cuenta porque fue un proceso, igual vivimos lo otro, sabemos lo crudo que fue, lo intuimos. En mis novelas trato de elaborar un lugar de reflexión, de entrega de respuestas también y de entrega de inquietudes

más que respuestas, porque claro, no voy a ser yo la que dé las respuestas, sin duda, pero sí el lugar de la inquietud. En *Av. Diez de julio Huamachuco* también, entendiéndolo a los años de la escritura, es súper claro y siento hablar ahí de una generación que es mi generación, que vivió desde un efervescencia política adolescente a de pronto meterte en el sistema de manera feroz, de ser parte de esto, pero claro, hay un minuto en que la guata te lo cobra también. Yo creo venir de una generación en donde mucha gente dice, pucha... nos metimos en el sistema de alguna manera, quisimos respetar la democracia. Que no se hablara de que incluso la ciudad está construida encima de todos nuestros muertos, se construyó sobre lo que había ocurrido, y eso es súper loco, se te empiezan a pasar los años, empiezas a darte cuenta de que la democracia tampoco fueron los actos de justicia que pensamos iban a haber, no hubo la memoria que pensamos que iba a haber de manera tal como para poder construir una democracia sana básicamente. Yo creo que ahora el silencio es menos que antes, porque antes era un silencio absoluto, si tú llegabas a hablar del tema eras un latero, entonces la política de dar vuelta la página era casi un discurso oficializado en todas las áreas. Si tú piensas en la literatura de esa época es una literatura súper fuera del contexto socio-político, digamos, más bien como encerradito, en intramuros, historias más personales, más individuales, como que de a poco empieza a salir la inquietud, empieza a hacerse más presente.

**PS:-** ¿Cuáles son tus referentes literarios?

**NF:-** Mira, siempre me voy como a los referentes más fundacionales ¿no? Yo creo que encuentro un poco en el teatro y en la literatura, y sobre todo en la literatura chilena. Yo creo que para mí referentes súper claros e importantes son Droguett y Donoso. Básicamente lo que me gusta mucho de ellos es que se salen, que yo creo que es un peso que tiene la literatura chilena, del realismo, del “talcualismo” digamos, siempre me sentí como nieta de los viejos por lo volados, esa capacidad imaginativa de transportarte a otro lugar, que la encuentro ferozmente subversiva, en términos de

instalarte otra realidad, que es un reflejo, sin duda alguna, de lo que yo tengo acá. Pero el *Obsceno pájaro*, ese yo ya lo encuentro un acto radicalísimo y que a mí me cuesta encontrar en la literatura chilena en general. La literatura chilena tiene un peso como realista; yo creo que ese realismo se ha jugado muy bonitamente también, incluso ya en mi generación se maneja también en términos muy bonitos como el Alejandro Zambra, ponte tu, que hace un trabajo de “talcualismo” que es súper conmovedor, pequeñito, silencioso, que es muy bonito, que es completamente opuesto a lo que te estoy hablando, al obsceno pájaro, digamos, que es un vuelo imaginativo. También la Diamela tiene algo que me encanta, que es esa radicalidad en su discurso, hay veces que uno no entiende nada, pero me gusta esa potencia política que tiene, me gusta esa radicalidad. Igual yo vengo de otro lugar que tiene que ver con el teatro clásico, con Shakespeare, que es el típico teatro de “érase una vez”, que yo te cuento una historia, me cuesta mucho salir de eso... de contarte una historia, incluso trato de no contar mi historia, pero no puedo, termino contando una historia igual, que es algo que me gusta y, en ese sentido, claro, pienso en como referentes teatrales importantes para mí porque yo trabajo en el teatro, me formé en el teatro, estudie teatro, pienso en dramaturgos como Brecht o como Shakespeare que pareciera que son muy distintos pero que de alguna manera también contienen esta cosa, por un lado, la mirada absolutamente imaginativa que tiene Shakespeare de inventar, no sé, pienso en *La tempestad*, en contraposición a Brecht que es completamente pragmático y que te tira el discurso completo para que tú entiendas absolutamente qué es lo que tienes que entender. O sea, parecen contrapuestos pero las dos cosas a mí me han alimentado mucho. Artaud también, que lo aprendí y lo encontré en el teatro, me parece tremendamente interesante, la idea de la escritura como un reflejo, como una sombra, una realidad como una construcción, donde nos veamos reflejados, pero no que nos veamos tal cual somos que para eso ya tenemos lo que somos. Yo diría que por ahí, siempre encuentro más referentes porque uno se reconoce en un montón de cosas. Pero si hablara de los fundacionales yo creo que tienen que ver con eso. Chejov también. Y otra cosa que también me llamó mucho la

atención es el fantástico rioplatense, yo rallaba con eso, lo estudiaba en el colegio también, pero de verdad eran textos que me dieron mucha vuelta y hasta el día de hoy yo los admiro mucho, Borges, sin duda, Cortázar, esa fisura, esa fisura en la realidad, la realidad y esa fisura que te desorienta un poco, te la desenfoca un poco.

**PS:-** ¿Qué novela te gustó o te interesó más escribir?

**NF:-** Todas tienen un interés, además que me demoro mucho en escribirlas, entonces son como pedazos de vida. Cada una me ha gustado mucho escribirla. Te mentiría si te dijera que hay una que me ha gustado más escribirla que otra, puede que tenga mayor gusto por alguna finalmente por el resultado o por el lazo emotivo de la historia, pero en términos de escritura y de proceso, todas, no hay ninguna que no haya significado para mí un periodo largo de trabajo completamente gozoso, en términos que también te introduces en un territorio que a veces son oscuros, vertiginosos, que a ratos no lo pasas bien pero que son gozosos, o sea, a mí me gusta meterme ahí. Entonces, creo que no hay ninguna que me haya gustado más escribir que otra, si no me gustara escribirlas no las habría escrito, digamos. De hecho, yo te podría decir que hay cosas que no me gustó escribirlas y terminé no escribiéndolas, pero todas las que están editadas son trabajos que me gustó mucho hacerlos y, de alguna manera, me costó mucho salir de ahí. Yo le dedico unos siete años a la escritura de alguna novela, más o menos, en promedio entre cinco y siete años. Si me pagaran por escribir me demoraría menos, pero es hartito, y la verdad es que me cuesta salir de la novela, no me gusta terminirlas, normalmente los finales caen solos y de pronto estoy en el final. Después vienen las correcciones del trabajo que ya es otro ámbito, que es con más cabeza, porque normalmente cuando yo cierro el primer corte de una novela es bastante aproximado a lo que va a quedar, a lo que finalmente se va a editar. Cambia porque trabajo más algún texto, edito algunas escenas cambiándolas de lugar, pero para mí el proceso de escritura misma es muy lento porque es muy reflexivo y voy dejando materiales bastante consolidados para seguir adelante. Entonces



el proceso de corrección también es largo pero es más desapegado, es más frío. Me entretiene mucho ese proceso de edición. Pero normalmente es como eso, están los bloques, los ladrillos están bien consolidados, y lo que hago es ponerle más pastita: este ladrillo lo acomodo acá, pero son bases súper sólidas y eso, normalmente, como ha sido, no varía mucho: es más el orden, es más el trabajo, este ladrillo más grandecito y eso siempre con la mirada de alguien que me pueda apoyar, algún compañero, algún amigo y después, con tiempo, porque me gusta dejarlo un rato y después volver a meterme y uno ya es otra persona. Entonces ves con otra mirada, pero el proceso de creación, de investigación, de darle vueltas, de calzar las piezas, que aparezcan las escenas, los personajes, todo ese periodo que finalmente es la escritura pura y dura, de ahí me cuesta salir, me gusta y me gusta mucho.

**PS:-** ¿Qué te motivó a escribir *Space invaders*?

**NF:-** Vuelvo a retomar el tema de los escolares. Esa historia también es una historia bien real, una historia concreta de la cual fui testigo. Yo conocí a la Estrella, que es la protagonista de alguna manera en la historia: era compañera mía del colegio y es una vivencia que vivimos como curso, y que vivimos, ella más que nadie y nosotros de testigo y nunca había pensado en esa historia, y me pasó con una muy querida amiga, que fuimos compañeras de colegio y que tenemos una muy buena amistad hasta el día de hoy. En algún momento comentamos, porque vivíamos cerca de ella, y comentamos, te digo, hace 3 o 4 años atrás, el caso de la Estrella. Empezamos a recordar un poco, no nos acordábamos mucho y teníamos este devaneo de es que sí, es que no sé, qué recuerdas, no es que no me acuerdo, no es que dice este otro que fue así, es que yo no me acuerdo de eso. Este ejercicio de recordar, componer algo de lo cual no teníamos ninguna certeza en términos como muy objetivos de ciertas cosas, pero existía esta historia, que era un historia que está contada por crónica policial y por crónica país. El papá de la Estrella era Gonzalo Betancourt, que está preso ahora. Eso es concreto, Estrella González que era compañera de

colegio de nosotros, desde chica. En un momento aparece el caso degollados y la sacan del colegio, y después nos damos cuenta que el caballero que nosotros veíamos como el tío, era uno de los autores del caso degollados que había matado a Parada. Fuertísimo, súper fuerte y además nosotros estábamos entrando a una era más politizada el año 85, que es un año bien crudo en Chile, y nosotros en segundo medio armando la Federación de estudiantes secundarios, porque además, si esto hubiera pasado en un colegio donde nadie pescaba nada a lo mejor no hubiese sido tan fuerte, pero era súper fuerte porque además fuimos al funeral de Parada, conocíamos al Guerrero chico, entonces era heavy, súper heavy. Años después me llama justamente mi misma amiga con la que recordábamos y me dice prende la tv. Y veo las noticias y salía el *Crown Plaza*, la muerte de ella y yo dije que tenía que contar esta historia porque me parece súper feroz, porque además ella era una niña muy linda, era una linda persona, era un poco rarilla, yo creo también porque estaba formada y un poco como súper cuidada, pero era un niña muy bonita. Y dije, voy a contar esto, y contando eso aparece también este ejercicio de contar un poco cómo era la educación en ese tiempo, cómo la recuerda una también, porque se tiene este relato de que sí, no, y fue como entretenido porque todo a partir de un par de conversaciones con mis compañeras de colegio con las que seguimos viéndonos. Y ahí ocurre también que una de ellas me dice que tenía unas cartas de la Estrella. Me las pasa, tenían que estar esas cartas, y si bien no funcionaban tal cual, tenían que estar, había que trabajarlas un poco, pero los contenidos son exactamente los mismos. Lo único que yo inventé es ese romance con un compañero, con Zúñiga, eso no es real, pero funciona en el constructo, para armar lazos entre ellos. Su firma era como súper comunista. Cómo habla de la Alemania dividida, ¿cuál era el lado de los buenos? En un lenguaje súper de niño de esa época, porque los niños de ahora no son así. Los niños éramos así, súper niños. Solo ordené un poco las ideas. Este libro, recién me preguntabas cuál me había gustado más escribir —todos me han gustado escribirlos—, pero este libro en concreto, bueno es mucho más cortito, yo nunca pensé que era una novela, sigo pensando que es un cuento largo, se escribió tan solo, fue un proceso

de escritura tan poco meditado que personalmente para mí, cuando más me gusta escribir, cuando me siento como muy enfocada y las cosas pasan por mí, digamos, como que se arman solo los materiales. Fue una especie de vivencia de materiales que iban cayendo solos, absolutamente solos, nunca tuve ninguna duda con respecto a lo que estaba escribiendo y fue como un proceso muy bonito y completamente fluido y un proceso extraño. Un poco porque venían mis vivencias y también porque me daba nervio escribirla a ella, de hecho cuando empecé a corregir las cartas, para que se entendieran más, me sentía transgrediendo algo.

**PS:-** ¿Qué tema sientes que se puede instalar en la literatura?

**NF:-** Yo siempre he pensado que a la literatura chilena actual —digamos, lo que estamos haciendo todos, me incluyo— le falta más actualidad, más época, más incluir el proceso actual. En qué nos convertimos, en qué estamos ahora, en qué está la democracia, independiente que todo esto tiene que cruzarse siempre con historias personales y concretas, sin duda, no podemos escribir la historia de la transición o de la democracia, no se puede escribir la gran novela, pero a mí me faltan esos temas, como que de a poco lo he ido viendo en algunos autores, pero nos quedamos muy encerrados durante un rato en eso, en las grandes interrogantes del pasado y me dan ganas de tener más calle, de reconocer más de lo que veo y de ver cuál es el punto de vista y la reflexión de otros autores en relación a cómo son las cosas, abrir más la ventana a la calle, a la época, a lo que ocurre, a veces siento que no estamos muy ahí. Escribimos mucho en la literatura, sobre la literatura, para la literatura, un poco para la vida y como que nos nutrimos poco de la vida. Yo creo que sobre todo en temas de memoria, que es de lo que se ha escrito, lo más interesante es que cada autor se la apropia como puede y como quiere, y ojala instaurar una mirada distinta, porque yo creo que lo que nos pasó también durante mucho tiempo con todos estos temas como importantes de la memoria chilena y la historia reciente, es que estaban instalados en tal solemnidad, tal seriedad, que parecían intocables. Entonces era como que a nadie le correspondía hablar

de eso porque era tan feroz que no era nuestro. Creo que la gran pega es todo lo contrario, hacerlo nuestro, se puede “popiar” con esas cosas, o sea, creo que es nuestro deber, cada uno desde donde quiere y puede, pero sin duda acercarlo a la gente. Un poco con el taller, mi obra de teatro, que tiene que ver con el tema de la memoria, es una comedia y la gente se mata de la risa, entonces, yo tenía el temor, también, de ser demasiado patuda. Igual hay momentos que son fuertes pero igual lo dice una mujer que tiene una barba colgando, igual es delirante, es a lo que voy, eso no está mal. Igual yo me cuestioné mucho porque yo vengo desde el otro lado, de esa cultura solemne, que el dolor es el dolor y que es impenetrable, creo que nos ha hecho mal esa mirada, nos ha alejado de las nuevas generaciones de manera brutal.

Yo creo que un tema como el de la memoria no debiera saturar, yo creo que igual el año pasado nos saturamos un poco, los cuarenta años me dejaron agobiada y justo a la editorial se le ocurre sacar, porque le pareció pertinente, *space invaders*, porque el libro estaba listo ya un año antes. Pero mi intención no era eso. A mí me cuesta salirme del tema de la memoria porque encuentro pequeñas historias en relación a eso que me parecen dignas de ser contadas. No es la gran historia, porque no se puede hacer la gran historia de Chile con esas pequeñas historias; se arma el panorama de Chile un poco también, hablando desde el conjunto de esas historias, pero el desafío es contarlos desde otro lugar, no desde el lugar solemne, terrible, que se vuelve medio impenetrable, también se puede ser medio políticamente incorrecto con esos temas, descubrir las aristas. Esos años no fueron solamente heroicos, también fueron sumamente pedestres y pequeños y chiflados y delirantes y locos. O sea, que una mujer hubiera tenido un taller literario era una locura y que los otros no se dieran cuenta también es una locura, pero era parte de los tiempos sin desmerecer los hechos crudos y terribles. Son cosas risibles, así de locos estábamos, y es bueno que lo veamos y que nos riamos de aquello. Yo sé que es un ejercicio súper insolente el que hice con el taller, pero creo que también era necesario. Yo sentí tanta conexión con la generaciones más chicas, que eso me encantó, porque sirvió para que la gente de tu generación tuviera curiosidad, y

no de un lugar terrible sino desde un lugar más efervescente y de goce, diciendo ¡chuta que loco!, menos terrible. No con esa idea de la memoria oficial, como del museo de la memoria, que es terrible y no es malo llorar, pero es como que está clausurado, es como que... recuerda esto, sufre, quédate tranquila y te vas para tu casa. Es como que se debe mirar de esa manera, y yo creo que no, que es un ejercicio más colectivo, más personal, que se junta, y uno lo hace desde donde quiere y no por eso tiene menos peso, si se hace con propiedad claro. Yo no creo que sea un tema que esté saturado, pero sí que debe tratarse con una modalidad distinta.